

El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond

Beatriz Bragoni

INCIHUSA / CONICET / Universidad Nacional de Cuyo

1 En las últimas décadas la renovación de la historia política y la entronización de la historia cultural hicieron de la literatura de viajes un insumo relevante de las historiografías de las independencias. Como bien sabemos, no se trata de un recurso novedoso para restituir las dimensiones subjetivas del atribulado y veloz proceso de descomposición del poder colonial en América, y el no menos violento y creativo trayecto de edificación republicana. La novedad en todo caso reside en los usos que suelen concurrir sobre esos registros o crónicas, con el fin de apreciar su eventual gravitación en las representaciones del pasado revolucionario.

En lo que atañe a la independencia sudamericana, la mayoría de los ejercicios de escritura estuvieron a cargo de militares europeos, y en menor medida norteamericanos, que prestaron servicios a los gobiernos patriotas luego de la debacle napoleónica, o bien estuvieron a cargo de misiones oficiales con propósitos políticos o comerciales. Aun teniendo en cuenta la diversidad de procedencias, y los diferentes objetivos perseguidos, el carácter testimonial de las obras cruzó el umbral de las atractivas oportunidades abiertas por el mercado editorial europeo, para convertirse en cantera de “verdad” entre el puñado de publicistas y escritores que, imbuidos del canon romántico, se aprestaron a narrar los avatares de las guerras de independencia con el fin de abonar el suelo de sensibilidades patrióticas de las flamantes repúblicas latinoamericanas.¹

El relato del marino Gabriel Lafond de Lurcy, *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*, publicado en 1843, se inscribe en esa tradición literaria, y su importancia reside en que dio a conocer la versión atribuida a San Martín sobre las razones y las circunstancias que habían gravitado en la decisión de abdicar del poder en Lima, y abandonar el teatro de la guerra en vísperas de afianzar la independencia.² En particular, el argumento reposaba en una carta fechada el 29 de agosto de 1822 que San Martín cursó al Libertador del Norte, en la que enfati-

¹ El papel de la literatura de viajes en la producción literaria de los románticos argentinos fue analizado por Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

² Gabriel Lafond de Lurcy, *Voyages dans les Amériques* [en *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*], París, Administration de Librairie, 26 rue Notre Dame-des-Victoires, 1843; Ricardo Rojas, *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, Losada, 1947, pp. 861-871 [separata de la *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, vol. vi, segunda sección, cap. xi].

zaba, especialmente, la dificultad de unificar a los mandos militares para afianzar la independencia peruana, omitía cualquier referencia a las ingenierías monárquicas que San Martín preveía para organizar los nuevos estados y eludía las resistencias que la anexión de Guayaquil a la égida bolivariana había despertado entre las elites patriotas del norte peruano, de donde provenía el principal apoyo político del Protector. El hecho de que Bolívar hubiera muerto en 1830 después de haberse pulverizado la aspiración de encumbrar la confederación de estados republicanos bajo sus pies, y que tampoco hubiera dejado constancia expresa de la secreta conversación de 1822, daría lugar a intensas controversias sobre la autenticidad del documento, así como de sus interpretaciones. En 1847, había sido Sarmiento quien en el discurso de recepción en el “Instituto Histórico de París” había recogido la famosa epístola que Juan Bautista Alberdi había traducido y publicado tres años atrás, como elemento de prueba para señalar los contrastes entre ambos libertadores, y las desiguales derivas de las revoluciones del norte y del sur. La circulación de la versión que ensombrecía la memoria bolivariana adquirió mayor resonancia en los años que siguieron a la muerte de San Martín. Y si el discreto homenaje realizado por Bernardo de Irigoyen en las páginas del *Archivo Americano* (1851) se haría eco del “desinterés” sanmartiniano que ya había sido ensalzado en el obituario que le dedicó su amigo francés, Alfred Gerard,³ sería el testimonio de un ayudante de campo de Bolívar, el coronel Tomás Mosquera, quien traería a colación las preferencias monárquicas del venerable difunto como elemento disonante de las irreconciliables opciones políticas que gravitaron en la coyuntura de 1822.⁴

En las décadas siguientes, el progresivo rescate de la figura del héroe de Chacabuco y Maipú sumó un nuevo estadio a la legendaria controversia: mientras que en Santiago de Chile, la *Vida de San Martín*, publicada por Vicuña Mackenna (1863), ofrecía evidencias de la manera en que el monarquismo sanmartiniano había terminado por esmerilar su capital político en Lima, los homenajes realizados en Buenos Aires al descubrirse la estatua ecuestre emplazada en el sitio del antiguo cuartel de granaderos, y la silueta biográfica escrita por Juan María Gutiérrez (1862), esquivaron hacerse cargo del dilema que obstruía cualquier narrativa capaz de enhebrarse con la tradición republicana.⁵ Los rituales cívicos celebrados con motivo de conmemorar el centenario del natalicio del Libertador, y el ceremonial fúnebre dispuesto en ocasión de la repatriación de las reliquias del Gran Capitán, dotarían de mayor visibilidad el enlace entre el legado sanmartiniano y las bases republicanas del nuevo país convirtiéndose en preludeo de la monumental narrativa con la que Mitre consagró la *versión Lafond* en zócalo primordial de la imagen del “desinterés” sanmartiniano frente a la ambición y la personificación del poder de Bolívar.

En el cambio de siglo, el momento de los Centenarios latinoamericanos y la institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina y en Venezuela animaron la edición de colecciones documentales de la era de las independencias.⁶ En 1910, la Co-

³ La noticia necrológica publicada en Francia consta en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires (1851).

⁴ En 1851 Bernardo de Irigoyen publicó en el *Archivo Americano* sus *Recuerdos del General San Martín*, que fueron reeditados en 1863 en la *Revista de Buenos Aires*. La refutación de Tomás Mosquera fue publicada en Nueva York en 1851.

⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida de San Martín*, Buenos Aires, Nueva Mayoría editorial, 2000 [1ª ed. Santiago de Chile, 1863]; Juan María Gutiérrez, *Bosquejo biográfico del general San Martín*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1972 [1ª ed. Buenos Aires, 1862].

⁶ Para el proceso de institucionalización y profesionalización en la Argentina, véase Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la Historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 139-200.

misión Nacional del Centenario reunió en gruesos volúmenes la documentación de San Martín, e integró en uno de ellos la correspondencia que le dirigió Lafond, e idéntico tratamiento tuvo en la edición de 1911 a cargo del Museo Histórico Nacional. En cambio, el rescate documental del general del Norte fue más tardío, y si bien algunos historiadores venezolanos se habían hecho eco de la polémica exhumando la correspondencia que Bolívar había dirigido a Sucre, la compilación dirigida por el ingeniero-historiador Vicente Lecuna (1929/1930) ofreció testimonios confiables de la dificultad de conciliar el monarquismo de San Martín con el republicanismo bolivariano en la conformación del poder independiente.⁷ La evidencia provendría especialmente de un informe de carácter reservado redactado por un secretario de Bolívar, José Gabriel Pérez, quien hacía expresa referencia a los contrastes antes aludidos, y también dejaba constancia del escaso margen de maniobra de San Martín para sostener su gobierno a raíz de la desafección de la oficialidad de su ejército.⁸

En la Argentina las réplicas no tardaron en aparecer. A esa altura, la figura de San Martín no solo ocupaba la cúspide del panteón nacional como resultado de la persistente voluntad de las dirigencias republicanas que habían propiciado la proliferación de homenajes en la completa geografía nacional, sino que había sido enaltecida por la liturgia oficial, y reactualizada en clave militar a raíz del protagonismo de las fuerzas armadas, por lo que el Instituto Sanmartiniano (fundado en 1933 por el historiador nacionalista y católico José Pacífico Otero) había pasado a la órbita del Ministerio de Guerra, produciendo un punto de inflexión perdurable al legado del general.⁹ La atmósfera conmemorativa del “Año del Libertador” llevaría a la apoteosis el culto sanmartiniano: para entonces, el régimen peronista descargó toda la maquinaria estatal para honrar su memoria y “movilizar la conciencia nacional”, a través de un repertorio de iniciativas que se llevaron a cabo en cada rincón del país, y animó la edición de un nutrido corpus de publicaciones por parte de una pléyade de escritores e historiadores de filiaciones políticas muy variadas, aunque coaguladas todas por sensibilidades nacionalistas dispuestas a enaltecer al Padre de la Patria.¹⁰ La entrevista de Guayaquil tuvo un lugar privilegiado en aquel catálogo, y el registro interpretativo preferido volvió a colocar la controversial epístola como depósito de verdad de las razones que primaron en la abdicación peruana de San Martín y su posterior abandono del escenario sudamericano. Si la obra de Colombres Mármol (1940) había retomado el sensible tema del monarquismo, y el prólogo de Rómulo Carbia recomendaba matizar la ver-

⁷ *Cartas del Libertador*, Publicación oficial dirigida por Vicente Lecuna, Caracas, 1929 (10 vols.). Vale destacar que las cartas de Bolívar de 1822 habían sido publicadas por Blanco-Fombona (Buenos Aires, 1910). Véase Rojas, *Entrevista*, p. 817.

⁸ Archivo General de la Nación de la República Bolivariana de Venezuela, Archivo del Libertador, Período del 3 julio al 31 de diciembre de 1822, Correspondencia Oficial: Comunicación de José Gabriel Pérez al general Sucre, Guayaquil, 29 de julio de 1822 (Documento 6873); Carta de Bolívar al general Santander, Guayaquil, 29 de julio de 1822 (Documento 6874).

⁹ Véase, entre otros, Martín Kohan, *Narrar a San Martín*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2005. Beatriz Bragoni, “Rituales mortuorios y ceremonial cívico: José de San Martín en el panteón argentino”, *Revista Histórica*, xxxvii, 2, 2013, Lima, PUCP, pp. 59-102.

¹⁰ Aunque este no sea el lugar para revisar en detalle las obras aludidas que incluyen ensayos y antologías, conviene consignar algunas de las obras más representativas: Alberto Palcos, *Hechos y glorias del General San Martín. Espiritu y trayectoria del Gran Capitán*; Carlos Ibaguren, *San Martín íntimo*; José Luis Busaniche, *San Martín vivo*; Horacio Juan Cuccorese, *Historia de San Martín en Perú* (quien estimuló además la edición de *La Gaceta* de Lima 1821-1823 por parte de la Universidad Eva Perón); Ezequiel Ortega, *José de San Martín. Doctrina, ideas, carácter y genio*. A ellas deben sumarse la reedición de la obra de Mitre, dos ediciones de la obra de Otero y otras biografías destinadas al público amplio o escolar, como la de José Galván.

sión “lítica” que Ricardo Rojas había ofrecido en *El santo de la espada* (1933), que circunscribía el dilema de Guayaquil al tema militar,¹¹ la réplica del mismo Rojas, publicada en 1947, enfatizó dicho argumento poniendo el acento en las conexiones de la correspondencia oficial con el fin de enhebrar argumentos verificables de las condiciones y las motivaciones que pesaron en la decisión sanmartiniana.¹² El recurso erudito también organizó el ensayo que Ricardo Levene dedicó al análisis sobre la autenticidad del documento, y si bien su apelación al “principio de orden técnico” invitaba a intensificar las pesquisas para resolver la fragilidad del testimonio, el tejido de verificaciones realizadas con el auxilio de documentación complementaria estuvo bien lejos de alterar la filiación interpretativa que conectaba a Lafond con Mitre.¹³

El litigio sobre la naturaleza apócrifa o real de la famosa carta dio lugar a la intervención de la Academia Nacional de la Historia (RA), que tramitó la controversia de manera sencilla: dictaminó por unanimidad la autenticidad de la famosa carta, y recomendó restringir la circulación de libros que la pusieran en duda.¹⁴ Una década más tarde, la polémica seguía vigente. En esos años, José Antonio Pérez Amuchástegui se hizo cargo de la controversia en un conocido texto que ameritó ser reseñado por algún joven historiador que se mostró satisfecho del tratamiento del célebre litigio. La contribución del historiador, urgido por aplicar los protocolos actuales del saber histórico, puso en entredicho la autenticidad del documento como magma de la “tesis nacional” a propósito del enigma Guayaquil, y arriesgó conjeturas sobre las motivaciones políticas que pudieron haber pesado en San Martín para dejar fluir, y no desmentir, la versión Lafond.¹⁵

Las recientes conmemoraciones de los bicentenarios latinoamericanos reanimaron la polémica en Ecuador ante el hallazgo en un libro “Copiador” del asiento de la carta a Sucre (29 de julio de 1822), y la breve nota de carácter reservado que la acompañaba, en la que Bolívar había volcado opinión contraria a la pretensión de instalar príncipes europeos a la cabeza de los estados americanos por “ser extraños a nuestra masa”. Resulta sugestivo observar que si bien el suceso editorial se inscribió en un registro académico –fue publicado por la Universidad de los Andes, con advertencia de Enrique Ayala Mora– la justificación de la edición del secular expediente reactualizó el tema de la autenticidad del documento, atribuyendo carácter apócrifo a la famosa epístola inscrita en el texto de Lafond.¹⁶

¹¹ Eduardo Colombres Mármod, *San Martín y Bolívar en la Entrevista de Guayaquil a la luz de nuevos documentos definitivos*, prólogo de Rómulo Carbia, Buenos Aires, Coni, 1940 [reseñado por José Torre Revello, *Revista Historia de América*, n° 10, 1940].

¹² Ricardo Rojas, *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, Losada, 1947, pp. 861-871 [separata de la *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, vol. vi, segunda sección, cap. xi]. Para la narrativa de Rojas sobre San Martín véase Eduardo Hourcade, “Ricardo Rojas hagiógrafo. A propósito del Santo de la Espada”, *Estudios Sociales*, año viii, n°15, Santa Fe, 1998.

¹³ Ricardo Levene, “La carta de San Martín a Bolívar de 29 de agosto de 1822”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vols. xx-xxi, 1947/1948, pp. 552-579 [1ª ed. en *Revista San Martín*, del Instituto Nacional Sanmartiniano, año v, n° 15, 1947].

¹⁴ La decisión resultó posterior a la intervención de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, y a las publicaciones del mismo Lecuna dispuestas todas a preservar la memoria bolivariana (y la supuesta negativa de atender a los pedidos de San Martín) en la campaña militar del Perú.

¹⁵ Pérez Amuchástegui expresaría: “la verdad se ha perdido por tratar de rescatar al prócer por la nacionalidad, y la que se ha perdido es la historia”. Véase A. J. Pérez Amuchástegui, *La “carta de Lafond” y la preceptiva historiográfica*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1962.

¹⁶ Relación de la entrevista entre Bolívar y San Martín, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, Quito, 1º semestre de 2013.

Mi aproximación a este motivo clásico de la historiografía sanmartiniana propone dejar en suspenso los términos de esta discusión, y conjeturar, en su lugar, acerca de las razones que justificaron el intercambio epistolar entre San Martín y el marino francés. Para ello, creo conveniente reparar en el contexto en que la obra fue escrita, que coincide o fue simultánea al giro valorativo de la figura de Bolívar, animado por una serie de iniciativas intelectuales y la monumental liturgia pública dispuesta por el gobierno venezolano, que culminó con la repatriación de sus restos desde Jamaica a Caracas en 1842. A ese acontecimiento –que difícilmente pudo haber pasado desapercibido para San Martín– resulta oportuno sumar la gravitación relativa de la red textual que ya formaba parte de las narrativas sobre el pasado revolucionario, y el no menos indicativo, aunque mucho más discreto, rescate de su propia figura por parte del influyente círculo de románticos argentinos enrolados en la empresa de construir una identidad y una cultura nacional.¹⁷ Del cotejo entre la restitución del contexto en que la obra de Lafond fue escrita y ganó difusión, y la opción de San Martín de acceder a los pedidos del publicista, emanan evidencias firmes del arbitrio sanmartiniano sobre su legado político, el cual resultó despojado de sus frustradas preferencias monárquicas en el curso de su “ostracismo voluntario”.

2 Luego de abandonar sus estudios en un liceo francés de provincia, Gabriel Lafond de Lurcy (1801-1876) se enroló muy joven, a los 17 años, en las flotas francesas que conectaban las rutas del comercio intercolonial del Pacífico. De la India pasó a Manila, y de allí viajó a Acapulco para fondear más tarde en el Guayaquil ya independiente, y embarcarse en las expediciones corsarias que por vías fluviales contribuyeron al éxito de las huestes bolivarianas en Carabobo (24 de junio de 1821), que cedió paso a la anexión de Guayaquil a la Gran Colombia. Al regresar a Francia, en 1838, fijó residencia en París, donde contrajo matrimonio, y se abocó a capitalizar su experiencia en Asia, Oceanía y América en vista del creciente interés que despertaba el acontecimiento que había pulverizado el orbe imperial hispánico en el Nuevo Mundo, y las no menos atractivas oportunidades de negocios que ofrecían sus gobiernos y constituciones para colocar a las nuevas naciones en el sendero de la “civilización” y el “progreso”.

Para cuando Lafond se embarcó en la empresa editorial, la literatura de viajes y las crónicas o memorias referidas a las independencias constituían un género consagrado que contaba con un aceptable catálogo de obras publicadas en Europa.¹⁸ Con pocas excepciones, ningún memorialista había pasado por alto las cualidades militares (y políticas) de San Martín, y quienes protagonizaron la campaña al Perú y observaron la edificación y el colapso del Protectorado, difícilmente pudieron eludir hacer referencia al “curiosísimo acontecimiento histórico”

¹⁷ Jorge Myers, “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y la política argentinas”, en Noemí Goldman (comp.), *Nueva Historia Argentina*, vol. III, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 383-445.

¹⁸ Consigno aquí solo algunos textos: Mary Graham, *Diario de su residencia en Chile* (1822) y de su viaje al Brasil (1823). Basil Hall, *Con el general San Martín en el Perú*, 1950, Año del Libertador Gral. San Martín (1ª ed. traducida al francés, 1825). *Memorias del general Miller*, Buenos Aires, Emecé, 1992 (1ª ed. 1829). Henry M. Backenridge, *La Independencia Argentina. Viaje a América del Sur por orden del gobierno americano los años 1817 y 1818 en la fragata “Congreso”*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999 (1ª ed. 1819). Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988 (1ª ed. Londres, 1831). Robert Proctor, *Narraciones del viaje por la cordillera de los Andes*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1998 (1ª ed. Londres, 1824).

que, como señaló el capitán escocés Basil Hall, representaba “su deserción a la causa independiente en momentos de gran peligro y vacilación”.¹⁹

De igual modo, la inesperada decisión de 1822 había abonado la agenda de sus adversarios en las disueltas Provincias del Río de la Plata, Chile y Perú, por lo que quien había sido su ministro, y había sido comisionado por el Consejo de Estado del Protectorado para gestionar en Europa un príncipe que estuviera a la cabeza de la pirámide institucional peruana –el colombiano Juan García del Río– creyó conveniente poner su pluma al servicio de un escrito justificatorio del accionar del desprestigiado general.²⁰ A esa convicción arribó luego de haber apreciado en Santiago de Chile los “chismes y cuentos” que oscurecían el desempeño del todavía Protector, por lo que le solicitó el envío de algunas notas sobre su vida y un retrato para ilustrar la pieza biográfica que publicó en Londres en 1823. García del Río eludió hacerse cargo de la autoría, y prefirió hacerlo bajo el seudónimo de Ricardo Gual y Jaén, y si bien no es fácil restituir los circuitos que favorecieron su lectura, lo cierto es que San Martín supo, cuando aún permanecía en Mendoza sin ánimo suficiente para cruzar las pampas, que había sido leída en Lima, y que incluso Bolívar había emitido opinión sobre su conducta pública.²¹

El epígrafe utilizado por el biógrafo –“La gloria es más sólida después de la calumnia”, del dramaturgo francés Corveille– hizo explícito el propósito perseguido. Y el ejercicio narrativo seleccionó acontecimientos e interpretaciones de honda significación del trayecto revolucionario del biografado. En particular, García del Río subrayó su origen americano (“nació en Yapeyú”); destacó el virtuosismo militar y cívico señalando que dichas cualidades le habían permitido sobrellevar las desventuras de Cancha Rayada y restablecer “la confianza pública” para sellar en Maipú “la independencia de Chile y Buenos Aires” como condición básica del ingreso a Lima; adujo también que la desobediencia de San Martín al gobierno de Buenos Aires (1820) fue una decisión “involuntaria” porque la guerra contra los “anarquistas” y el chileno Carrera le habían impedido dirigir el ejército. Por último, argumentó que las gestiones llevadas a cabo con los generales realistas que preveían la aceptación de integrar la monarquía española habían constituido solo una estrategia dilatoria destinada a mejorar las condiciones independentistas.

Al final del relato, y sin hacer referencia alguna al plan monárquico por el cual había sido comisionado a las Cortes europeas, el biógrafo confiaba en que solamente en el futuro la calumnia cedería terreno a favor del justo juicio sobre “el salvador de las provincias del Río de la Plata, el libertador de Chile y el defensor de América”.²²

¹⁹ Basil Hall, *Con el general San Martín en el Perú*, op. cit., pp. 182-184.

²⁰ Las instrucciones de la misión de García del Río y Paroissien fueron aprobadas por el Consejo de Estado del Protectorado el 24 de diciembre de 1821. Véase José A. de la Puente Cangamo, *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*, Lima, Lumen, 1948, cap. 5. Para la independencia peruana y la gestión de San Martín remito a Timothy Anna, *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2003. Brian Hamnett, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008. José Gálvez, “El Perú como estado: proyectos políticos independentistas”, en Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, Lima, Instituto Riva Agüero/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001, pp. 319-350. Gabriela Chiaramontí, “El primer constitucionalismo peruano: de Cádiz al primer Congreso Constituyente”, en Annino, Antonio y Marcela Ternavasio (coords.), *El laboratorio constitucional iberoamericano: 1807/1808-1830*, Madrid/Frankfurt, AHILA/Iberoamericana/Veuvert, 2012, pp. 135-156. John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe Americano*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 207-293.

²¹ Carta de Salvador Iglesias a San Martín fechada en Lima el 30 de septiembre 1823. cit. en C. Galván Moreno, *San Martín, el Libertador*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1950, p. 332.

²² *Biografía del general San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importante*, París, Imprenta de Ducassois, 1844, pp. 6- 54 [1° ed. Londres 1823].

Entretanto, la preocupación u obsesión de San Martín por preservar su reputación patriótica lo condujo a organizar y clasificar su archivo personal. Tal decisión la transmitió a Tomás Guido, en 1826, al retomar la correspondencia interrumpida luego de haber emprendido el regreso a Europa. Luego de apelar a una cita de Lebrun relativa a la muerte, la memoria y la gloria, escribió: “He trabajado dos años consecutivos en hacer extractos y arreglar documentos que acrediten no mi justificación pero sí los hechos y motivos sobre los que se ha fundado mi conducta en el tiempo que he tenido la desgracia de ser hombre público”.²³

Esa amarga confesión no solo explicaría el frustrado intento de encolumnarse en la guerra que el gobierno rioplatense libraba contra el Brasil, sino que alimentaría la decisión de reanudar contactos con sus antiguos camaradas convertidos en cronistas del pasado revolucionario. Antes de emprender el último viaje que haría a Buenos Aires, en 1828, y advertido de la debacle política bolivariana en el subcontinente, San Martín visitó al general Miller en Londres, respondió con cuidado el cuestionario que aquel le solicitó y posó ante el litógrafo Jean B. Madou para ilustrar las *Memorias* publicadas en 1829. Pero la inquietud por ofrecer su testimonio no era un hecho aislado, ni de la red de textos dedicados a historiar su trayecto sudamericano, ni tampoco de las narrativas que ofrecían referencias sobre las negociaciones con los representantes de la Monarquía española y las ingenierías monárquicas que habían integrado la agenda de la conferencia de Guayaquil. En esos años, ya había ganado difusión la *Historia de la Revolución de la República de Colombia* (1828), escrita por José Manuel Restrepo, que instalaba el carácter secreto e indocumentado de la entrevista, y un año después el mismo Bolívar había dejado testimonio de la debacle peruana y del ejército que siguió a su partida sin consignar referencia alguna sobre el accionar de San Martín.²⁴ Pero si esas versiones podían no haber estado al alcance de su plan de lecturas, el suceso editorial de la obra de Mariano Torrente, *Historia de la revolución en Hispanoamérica*, publicada en Madrid en 1830, colocaba en un cono de sombras el desempeño del “caudillo” al describir la impericia en la dirección de la guerra que disparó la defección de los jefes del ejército y de la escuadra naval, como también la manera en que el monarquismo imaginado para Perú, Chile y Colombia había terminado por carcomer los cimientos de la opinión pública mucho más allá de Lima.

El relato de Miller, en cambio, rendiría tributo al perfil austero, moderado y estratégico del general del sur. La semblanza provenía de los años guerreros compartidos, del amable intercambio epistolar mantenido y del cuestionario que le cursó, aunque San Martín depositó en la experiencia del propio Miller el balance y los resultados de los sucesos peruanos, no sin antes consignar que las condiciones imperantes en Chile previas a la partida de la expedición militar habían afectado el desempeño de la escuadra naval y de las tropas. No obstante, el argumento del cronista sobre las preferencias políticas de San Martín en aquel contexto fue más explícito: en la breve silueta biográfica que colocó al concluir el capítulo referido a Lima, el narrador, que había recibido al general en su casa y que había tenido la deferencia de visitar a su madre en Canterbury, no omitió consignar las preferencias monárquicas constitucionales de San Martín, aunque destacó que “sus principios eran republicanos”. Para luego expresar: “pero es la opinión decidida de cuantos se hallaron en el caso de poderla formar correctamente, que

²³ De San Martín a Tomás Guido, Bruselas, 18 de diciembre 1826, cit. por Patricia Pasquali, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 209.

²⁴ Simón Bolívar, *Una mirada sobre la América Española*, Quito, 1829.

jamás tuvo la menor idea de colocar la corona en sus sienes, aunque se cree que habría ayudado gustoso a un príncipe de sangre real, a subir al trono del Perú”.²⁵

Pero ni el recaudo a través del cual Miller había asociado monarquía y república, ni menos aun el “silencio público” del general del sur fue suficiente para frenar la impugnación sobre su pasado monárquico. Al promediar los años treinta, la persistencia de esas opiniones o “calumnias” mantenía plena vigencia, especialmente en el ambiente de los diplomáticos sudamericanos que gestionaban el reconocimiento de la independencia por parte de España. En 1834, los rumores de que San Martín había realizado un viaje secreto a Madrid, gracias a la proximidad de su amigo y mecenas Alejandro Aguado, habían circulado entre París y Londres, dando origen a un ríspido intercambio epistolar con Manuel Moreno, el representante del gobierno rioplatense ante la corte británica.²⁶ La furia sanmartiniana se volcó en la correspondencia que dirigió a Tomás Guido, y allí consignó, una vez más, que se trataba de acusaciones que perseguían enturbiar los “once años” que había servido a la Revolución en detrimento de los intereses del rey de España y sus herederos, no sin dejar de consignar que todo era producto de la “chismografía” que animaba la vida europea de los diplomáticos.

3 Las escuetas referencias sobre las conferencias de Guayaquil constituyeron para Lafond un estímulo a la hora de diseñar un capítulo de su empresa editorial. Ante todo, a los ojos del francés que había recorrido el circuito marítimo del Pacífico, y frecuentado los círculos patriotas, las interpretaciones ofrecidas por William Bennet Stevenson (1825, y traducida al francés en 1832), por Baral e incluso la de Miller, le resultaban poco satisfactorias porque inclinaban la balanza a favor del almirante Cochrane en aquella coyuntura, por lo que, una vez radicado en París, acarició la idea de establecer contactos con San Martín para dotar de mayor y mejor información la campaña al Perú, y de la todavía indocumentada entrevista de los libertadores de 1822.

El hecho de que San Martín hubiera sobrevivido a Bolívar, la común residencia en París, el aceptable manejo por parte de ambos del castellano y el francés y las proximidades de las familias, animadas por la amistad de su esposa con Mercedes San Martín de Balcarce, constituían insumos y condiciones inmejorables para “remontar a las fuentes mismas” y ofrecer un relato que reuniera requisitos de verosimilitud aceptables a una obra que se proponía deleitar a los lectores con las voces de sus propios actores. “No le ocultaré –le escribía al general en 1839– que busco la verdad y la verdad enteramente y como Usted es el único que puede proporcionarme los documentos que me faltan, para encontrarla, me dirijo a Ud. con confianza.”²⁷

El intercambio epistolar se prolongó a lo largo de una década: en ese lapso, Lafond le transmitió los objetivos que perseguía, el grado de avance del manuscrito y las expectativas que abrigaba al ofrecer nuevas y mejor documentadas versiones sobre la campaña al Perú. Por consiguiente, la información que podía obtener del “*único hombre en el mundo*” sobreviviente de aquella expedición respecto de la cual los memorialistas ingleses habían enturbiado su desempeño, se convertía en incentivo primordial aunque no exclusivo de la aceptación de San Martín de conceder atención periódica al escritor.

²⁵ *Memorias del General Miller, op. cit.*, p. 384.

²⁶ De San Martín a Guido, Grand Bourg, 16 de agosto de 1834, cit. por Patricia Pasquali, *San Martín confidencial, op. cit.*, pp. 282-305.

²⁷ De Lafond a San Martín, París, 5 de septiembre 1839.

El pulso de la correspondencia aporta huellas valiosas de algunas razones adicionales que pudieron haber favorecido el intercambio epistolar. En particular, la empresa intelectual en ciernes permitía enlazar una comunidad de recuerdos sobre el pasado revolucionario, abonar el suelo reivindicativo que tímidamente asomaba en las repúblicas latinoamericanas –Lafond anotó el homenaje dedicado por el presidente Bulnes a San Martín en 1842–,²⁸ y propiciar el reconocimiento de las trayectorias militares por fuera de las esferas gubernamentales latinoamericanas: a propósito de ello, el general supo a través de Lafond de las gestiones llevadas a cabo ante el gobierno francés para hacer valer las distinciones militares cosechadas en América que incluyeron las entonces cuestionadas “Órdenes del Sol”, que San Martín y su círculo habían instituido en 1821, con la falsa ilusión de crear los linajes aristocráticos que sostendrían el edificio institucional peruano. Dicho aspecto, es decir, el reconocimiento del Estado francés, no había constituido un tema menor para el general sudamericano durante su prolongada, y muy apreciada, residencia en París: en 1838 había participado de la tertulia diplomática que tuvo como anfitrión al mismísimo rey Luis Felipe y la familia real en el palacio de las Tullerías, a la que prefirió asistir vistiendo el uniforme militar peruano y portando la espada que había usado en Maipú. Según el testimonio aportado por uno de los ilustres invitados al evento, el chileno José de la Barra (que había sido edecán en Maipú), el ministro del rey de Francia dijo al saludarlo:

tengo un vivísimo placer en estrechar la diestra de un héroe como vos; general San Martín creedme que el Rey Luis Felipe conserva por vos la misma amistad y admiración que el duque de Orleans. Me congratulo que seáis huésped de la Francia y que en este país libre encontréis el reposo después de tantos laureles.²⁹

De igual modo, el fluido registro de escritura de la obra que San Martín apreció al leer el primer volumen, editado en 1840, pudo haber constituido un estímulo adicional dado que difería de los relatos conocidos en tanto ampliaba la escala geográfica de los viajes, e incluía atractivas ilustraciones en colores –lo que dio lugar a la famosa imagen que evoca el encuentro de Guayaquil–. Tales cualidades se verían fortalecidas ante el éxito de ventas del primer volumen, por lo que el editor calculaba aumentar el número de ejemplares en las siguientes. En la carta que le cursó Lafond en 1841, cuando preparaba el tomo en el que incluiría la famosa epístola, no ahorra entusiasmo sobre el alcance de la obra y su eventual difusión:

[E]scribiré la guerra de independencia, mandaré mi libro a todas las academias y quiero que su obra resplandezca; pues usted ha sido el organizador y el primer soldado de la América española.

Pero si bien la posibilidad de suministrar información sobre los sucesos peruanos podía representar para San Martín una oportunidad razonable para realzar su “conducta pública”, su decisión de acceder a los pedidos del entusiasta narrador no resultaría independiente de la creciente expectabilidad, o “fama”, de que estaba siendo objeto la figura de Bolívar.

²⁸ Gabriel Lafond de Lurcy, *Voyages...*, *op. cit.*, vol. 3, p. 290.

²⁹ Testimonio de José de la Barra, cit. en Armando Braun Menéndez, “San Martín y Chile”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (segunda época), Mendoza, 1/9, 1979, p. 546.

El 17 de diciembre de 1842, los restos del Libertador del Norte habían sido repatriados a Caracas en el marco de rituales funerarios semejantes a los realizados dos años antes cuando las reliquias de Napoleón I fueron conducidas por las calles de París para ser depositadas en el panteón en medio de multitudinarias y fervientes manifestaciones populares.³⁰ En rigor, el rescate de la figura de Bolívar en Europa se remontaba a la década anterior. Su figura había sido evocada una y otra vez por quienes identificaban al líder caraqueño como principal artífice de la independencia de la América meridional. En 1828 el frustrado Congreso de Panamá había sido valorado por el Abate de Pradt para refutar la restauración del absolutismo en Francia, por lo que había escrito, a propósito de Bolívar, “la gran fama se eleva en América del Sur”. Una asociación similar hicieron liberales italianos entre 1826 y 1828 al erigirlo en prototipo contrario al sistema instituido por el Congreso de Viena. En Francia, la muerte de Bolívar también había dado lugar a discretas reivindicaciones y apologías. Ya en 1831, la noticia de su deceso en París no pasó desapercibida para el recoleto mundillo de publicistas embarcados en preservar la irradiación universal de los preceptos napoleónicos, por lo que Émile de Bonnechose puso su pluma al servicio de honrar su memoria en un breve opúsculo en el que trazó un “justo” paralelo entre Napoleón y el héroe americano.³¹ Asimismo, un año después, Gervais Roeyas de Servez enfatizaba la fuerza física, el gran hombre, del caraqueño.³² De manera simultánea, y al otro lado del océano, más precisamente en Bucaramanga, su médico de cabecera, también francés, dio a conocer en entregas periódicas varios registros del estado de salud previo a su muerte.³³

Vale recordar que Bolívar había muerto lejos de su patria, asistido por muy pocos amigos, y había sido sepultado en la Catedral de Santa Marta, vestido, según las crónicas, con una camisa de batista corroída del último cacique de Mamatoro, en medio de la atención y congoja de quienes presenciaron el desfile de la carroza que conducía el féretro. La noticia se había difundido a velocidad de rayo desde Jamaica al continente aunque el informe oficial, confeccionado por el gobernador de Maracaibo, había celebrado el deceso de quien calificó como “genio del mal, tea de la discordia, o mejor dicho, el opresor de su Patria”.³⁴ No obstante, seis años después dichas valoraciones cayeron en completo desuso en función de su enorme potencial como recurso de afirmación patriótica, por lo que el gobierno liderado por el presidente Soublette (su antiguo subalterno) elevó al Congreso el proyecto de repatriación de sus restos, en sintonía con los pedidos de su familia, y las repercusiones locales de los fastos funerarios que habían tenido lugar en París cuando el féretro de Napoleón fue trasladado desde Santa

³⁰ Véanse, respectivamente, Carolina Guerrero, “Los funerales de Simón Bolívar: fundación de un mito en la construcción del patriotismo republicano, 1830, 1842 y 1876”, en Carmen McEvoy (ed.), *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario-Instituto de Historia, 2006, pp. 3-30; Pablo Rodríguez Jiménez, “Cuerpos, honras fúnebres y corazones en la formación de la República colombiana”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Universidad Nacional de Colombia, n° 38 (2), 2011, pp. 155-179. Para la asociación entre la simbología de la revolución francesa, y los ritos bolivarianos, véase Georges Lomné, “La revolución francesa y lo ‘simbólico’ de los ritos bolivarianos”, *Historia Crítica*, Universidad de Los Andes, n° 5, 1, 1991.

³¹ Émile de Bonnechose, “Bolívar”, *Revue Encyclopedique de analyse raisonné*, bajo la dirección de los hermanos Peteti, vol. L, París, rue de l’Odeon, 1831.

³² Elías Pino Iturrieta, *El Divino Bolívar*, Caracas, Alfadiel, 2006.

³³ Alejandro Próspero Reverend, *La última enfermedad. Los últimos momentos de vida del Libertador*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, Colección Bicentenario, 2008.

³⁴ Inés Quintero, *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Venezuela, Santillana/Aguilar, 2008, pp. 143-148.

Elena en 1840.³⁵ El ceremonial cívico realizado en Caracas, costado por el Tesoro nacional, incluyó los rituales públicos habituales: se estableció luto oficial por una semana, se le rindieron honores de capitán general y todas las capitales de provincia debían replicar ceremonias en el territorio nacional; las cenizas serían depositadas en la Iglesia metropolitana en un modesto panteón, y se colocaría una efigie del Libertador en los salones del Congreso y en la sede del Poder Ejecutivo. Con todo, y como ha sido señalado por la literatura especializada, el ceremonial fúnebre dedicado al “primer caudillo de la independencia sudamericana, y fundador de tres repúblicas” se convertía en piedra de toque de la agenda de las dirigencias venezolanas para refundar la república, y poner fin a la división de partidos.

Aunque no existan evidencias que permitan apreciar las impresiones del general sobre la monumentalidad de tales rituales fúnebres, resulta poco probable imaginar que le hubieran resultado indiferentes. A esa altura, San Martín todavía alternaba su residencia entre París y Grand Bourg, frecuentaba tertulias diplomáticas, cafés y teatros; estaba al tanto de la política sudamericana (y continental), mantenía correspondencia con algunos muy pocos guerreros de la independencia cuya amistad había fortalecido durante los años de su “ostracismo voluntario”; volcaba reflexiones sobre los desafíos que el nuevo ciclo de expansión imperial imponía a las repúblicas hispanoamericanas y no dudaba en expresar su malestar ante las manifestaciones de descontento popular que ponían en riesgo el orden social en Europa. “Nada diré a Ud. de la situación de este continente –confesó a Guido en 1848– la Europa actual es un caos.”³⁶

Pero si las fuentes disponibles son aún insuficientes para postular algún tipo de apreciación valorativa (o de rechazo) de tales homenajes, las mismas no parecen haber sido ajenas al discreto repertorio de iniciativas que modeló, en los últimos años de su vida, la firme convicción de preservar su honor y la reputación patriótica por la que habría bregado en el curso de su fugaz y estelar trayecto revolucionario. En 1844 San Martín labró su testamento y allí estableció un punto de contacto y de diferenciación con su respetado rival: prohibió la realización de “ningún género de funeral”, adujo que su deseo era que su “corazón” descansara en Buenos Aires, ordenó entregar el estandarte de Pizarro al Perú y legó su sable a Rosas. Pero ese acto íntimo cargado de signos políticos no era ajeno al clima de evocación que rescataría su legado, y realizaría el montaje del sustrato simbólico del edificio republicano surgido de los despojos del imperio español.

Para entonces, la versión real (o imaginaria) del Libertador del sur inscripta en la narrativa del capitán francés adquirió mayor impacto al abandonar el idioma original en el que se había editado y ser publicada en 1844 por Juan Bautista Alberdi. Como bien sabemos, la iniciativa alberdiana, que hacía suya la versión ofrecida por Lafond, fue recogida por Domingo F. Sarmiento, quien luego de dialogar con “ese monumento viviente” en su residencia campestre de Ivry (1846) retomó el pasaje del encuentro de los Libertadores en su discurso de recepción en el Instituto Histórico de París (1847), y que publicó al año siguiente en Valparaíso.³⁷ En su

³⁵ Inés Quintero hace referencia al pedido de súplica interpuesta por la hermana de Bolívar al gobierno para cumplir con el deseo del difunto en su testamento.

³⁶ Véase la correspondencia con Tomás Guido, 29 de noviembre de 1848, cit. en Patricia Pasquali, *San Martín confidencial*, op. cit., p. 335.

³⁷ Domingo F. Sarmiento, *San Martín y Bolívar. Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia* (París, 19 de enero 1847), Valparaíso, Imprenta Europea, 1848. Sobre las valoraciones de Bolívar en la Argentina, véase Tulio Halperin Donghi, “Imagen argentina de Bolívar. De Funes a Mitre”, en *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 113-139.

visita a aquel pasado, Sarmiento no solo trazaría un contrapunto entre los diferentes estilos militares de ambos libertadores, sino que bosquejaría, por medio de ellos, los contrastes que distinguían la revolución del norte de la del sur, y avanzaría decididamente a cuestionar el modelo monocrático-constitucional bolivariano en beneficio de la matriz republicana-democrática –y no de “conquista”– de la revolución rioplatense.

Pero si bien las iniciativas de Alberdi y de Sarmiento podían responder a las urgencias de coyuntura que les exigía refutar el sistema autocrático liderado por Juan Manuel de Rosas (1835-1852), el velo de olvido sobre el “enigma” que había conducido a San Martín a abandonar el teatro de guerra americano, y, en especial, la sostenida convicción de que la combinación de monarquía constitucional y príncipe europeo constituía la fórmula más conveniente para resolver el pasaje entre el viejo orden y el nuevo,³⁸ no procedería de intervenciones ajenas a su voluntad, ni tampoco de las realizadas por su círculo íntimo.

En los años transcurridos entre la primera y la última carta de Lafond, que lo encontró ya viviendo en la villa marítima de Boulogne-sur-mer, el anciano general siguió con atención el éxito de ventas del libro; estuvo al tanto de las novedades editoriales que en Europa daban a conocer las “memorias” de los generales “ayacuchos”, las cuales ofrecían versiones sobre los desaciertos políticos peruanos, y subrayaban el doble fracaso de haber pretendido “poner coto a las ideas republicanas” y crear un imperio en la América del sur.³⁹ En ese lapso, también recibió frecuentes visitas del recoleto círculo de publicistas y representantes consulares sudamericanos residentes en el Viejo Mundo, y a través de ellos supo de la discreta red de homenajes realizados en Montevideo, Santiago de Chile y Lima.⁴⁰

En ese lapso, el general también dispuso a su descendencia legar su correspondencia a un historiador para que sirviera de esqueleto erudito de la historia de medio continente. Y si bien la voluntad de San Martín quedó en suspenso hasta que finalmente su nieta cedió el valioso archivo a Bartolomé Mitre, la certeza de que sus papeles personales brindarían evidencias suficientes para escribir una historia de la independencia americana había hecho confesarle a Sarmiento en 1846: “tengo escrito, mis papeles están en orden”.⁴¹

Esa atmósfera conmemorativa en la que el tiempo presente convertía el pasado revolucionario en fragua de las mitologías nacionales sería la que lo incitaría a escribir, en primera persona, las principales notas justificatorias de su vida pública. Para hacerlo recurrió al género que mejor conocía, el epistolar, y tuvo como destinatario al presidente del Perú, con quien había intercambiado opiniones sobre el dramático saldo de las guerras que sucedieron a las independencias.⁴² Allí consignó que la política seguida en su periplo libertador había dependido más de “la suerte y las circunstancias” que del “cálculo”, y se basó en “dos puntos”: eludir

³⁸ Natalio Botana, “Las transformaciones del credo constitucional”, en Antonio Annino, Luis Castro Leiva, François X. Guerra (comps.), *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, IberCaja, 1994, pp. 473-494.

³⁹ La referencia de Lafond correspondía a la obra de Andrés García Camba, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, 1846 (2 vols.). El mismo oficiaba de ministro del gobierno español en esos años.

⁴⁰ A las visitas de Alberdi y Sarmiento se suman las de los argentinos Florencio Varela (1844) y Félix Frías (1850), la de los chilenos Aníbal Pinto (1845) y Vicente Pérez Rosales (1850), entre otros personajes relacionados con su yerno Mariano Balcarce, hijo del general Antonio González Balcarce, estrecho colaborador de San Martín en Chile, quien ejercía funciones en la delegación argentina en París.

⁴¹ Sarmiento, *San Martín y Bolívar...*, op. cit., p. 331.

⁴² De San Martín al mariscal Ramón Castilla, Boulogne-sur-mer, 11 de septiembre de 1848. *Revista Peruana*, vol. II, Lima, 1879, pp. 40-43. Cit. en *Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo. Colección de Obras y documentos para la historia argentina. Autobiografías*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1960, pp. 1921-1925.

mezclarse en la lucha de partidos en Buenos Aires y “mirar” a los estados americanos como “estados hermanos” –o independientes– sin apelar a la fuerza militar como herramienta de “conquista”. Ese doble argumento, que erigía su vocación independentista por sobre algún interés de arbitrar la política de los nuevos estados, y que recogía la experiencia política posterior de las naciones que había contribuido a formar, le permitía recapitular las condiciones que lo llevaron a abandonar el teatro peruano sin haber concluido la empresa libertaria, a sabiendas de que se afectaban “su honor y reputación”. Como no podía ser de otro modo, allí aludió a la entrevista que mantuvo con su respetado rival en Guayaquil, de la que consignó tan solo la dificultad de unificar los mandos militares pese a su sincero ofrecimiento de ponerse bajo las órdenes del general del norte, y el doble sacrificio que representó tener que abandonar el teatro americano y el “silencio público absoluto” autoimpuesto ante semejante determinación.

Por cierto, la también memorable carta dirigida al mariscal Ramón Castilla en 1846, publicada décadas más tarde en la *Opinión de Lima* (1878), constituye una pieza documental vertebradora sobre la cual la historiografía sanmartiniana hace descansar el núcleo duro de su testamento público. Pero ese ejercicio de memoria política, como todo acto de memoria, resultaba necesariamente selectivo o incompleto, restringiendo el legado al vector militar e independentista del Libertador americano. En el momento de su muerte, esa clave interpretativa autobiográfica tendiente a cincelar su imagen pública quedaría parcialmente impresa en la noticia necrológica que le dedicó su confidente y amigo francés, Alfred Gérard, quien en sintonía con la lectura sarmientina (y argentina) volvió a oponer su figura a la de Bolívar realzando el papel de las dotes guerreras del venerable difunto, y subrayando lo que sería una constante en el contraste de su imagen con la del Libertador del norte: el haber puesto su “genio político” al servicio de la independencia declinando toda aspiración de anteponer el interés personal al trayecto de la revolución republicana. Un fragmento del obituario lo expresa del siguiente modo:

Menos conocido en Europa que Bolívar, porque buscó menos que él los elogios de sus contemporáneos, San Martín es a los ojos de los americanos su igual como hombre de guerra, su superior como genio político, y sobre todo como ciudadano. En la historia de la independencia americana, que no está escrita aún, al menos en Francia, él representa el talento de la organización, la rectitud de miras, el desinterés, la inteligencia completa de las condiciones bajo las cuales las nuevas repúblicas pueden y deben vivir.⁴³

4 Al introducir las razones que justificaban visitar el intercambio epistolar entre Lafond y San Martín aduje que la literatura de viajes, y las memorias o crónicas sobre las guerras de independencia hispanoamericanas escritas por extranjeros, no constituían un recurso novedoso y que su novedad en la actual agenda historiográfica reside en los usos de tales recursos. La literatura especializada y, especialmente, los conceptos y las convenciones que la historia intelectual y la historia cultural depositan en el estudio del contexto, y en las condiciones que operan en la producción de textos, discursos o lenguajes, es un aspecto clave de restitución e

⁴³ Alfred Gérard, “Artículo necrológico”, *El Imparcial* (Boulogne-sur-Mer, 22 de agosto de 1850), en Gregorio Aráoz Alfaro, *Le général Don José de San Martín. Nécrologie. Extrait du Journal “L’Impartial” du Boulogne-sur-mer du 22 aout 1850*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1950.

interpretación.⁴⁴ En el caso aquí examinado, la aplicación un tanto libre de tales recomendaciones ha permitido visualizar aspectos escasamente advertidos sobre uno de los motivos más polémicos de la entrevista de Guayaquil, que posterga el debate sobre la naturaleza real o apócrifa de la carta publicada por Lafond en 1843, en beneficio de una lectura que atribuye a San Martín un rol protagónico en la preservación de su reputación patriótica, y en la deliberada omisión u olvido de su pasado monárquico. Y si bien, como sugirió Tulio Halperin, tal intervención obedecía a una particular concepción de la historia y de la política,⁴⁵ la misma no resultaría independiente del rescate de la memoria bolivariana en América y en Europa, y la no menos indicativa valoración de su propio protagonismo por parte de la galaxia de letrados y publicistas que depositaron en el legado político del anciano general sobreviviente de las guerras de independencia un recurso formidable de cohesión simbólica de la nacionalidad argentina. Pero el pasado monárquico del héroe de la libertad americana difícilmente podía operar de manera favorable en la fabricación del “mito nacional”, por lo que la versión ofrecida por Lafond, y que San Martín nunca refutó o corrigió, reunía requisitos más que suficientes para ser aceptada y difundida como depósito de verdad de las razones que lo condujeron a abandonar el Perú, y legar a Bolívar el fin de la guerra. Esa lectura basada en el “desinterés” hallaría mayor estilización historiográfica en la obra de Mitre (1887), en la cual abreviarían todas las liturgias oficiales argentinas desde el siglo XIX hasta la actualidad, y sería recogida incluso en la ficción borgeana del siguiente modo: “La entrevista de Guayaquil, en la que el general San Martín renunció a la mera ambición y dejó el destino de América en manos de Bolívar, es también un enigma que puede merecer el estudio”. □

Bibliografía

Altamirano, Carlos, “De la historia política a la historia intelectual”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 9, 2005, pp. 111-118.

Timothy, Anna, *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2003.

Aráoz Alfaro, Gregorio, *Le général Don José de San Martín. Nécrologie. Extrait du Journal “L’Impartial” du Boulogne-sur-mer du 22 aout 1850*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1950.

De Bonnechose, Émile, “Bolívar”, *Revue Encyclopedique de analyse raisonné*, vol. I, París, rue de l’Odeon, 1831.

Botana, Natalio, “Las transformaciones del credo constitucional”, en Antonio Annino, Luis Castro Leiva y François X. Guerra (comps.), *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, IberCaja, 1994, pp. 473-494.

Braun Menéndez, Armando, “San Martín y Chile”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (segunda época), Mendoza, I/9, 1979, pp. 542- 556.

Chiaromonti, Gabriela, “El primer constitucionalismo peruano: de Cádiz al primer Congreso Constituyente”, en Annino, Antonio y Marcela Ternavasio (coords.), *El laboratorio constitucional iberoamericano: 1807/1808-1830*, Madrid-Frankfurt, AHIILA/ Iberoamericana/Veuvert, 2012, pp. 135-156.

⁴⁴ Sobre el giro hermenéutico y la pertinencia de conectar las voces y prácticas de los actores en sus contextos, véase Carlos Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 9, 2005, pp. 111-118.

⁴⁵ Tulio Halperin Donghi, “Imagen argentina de Bolívar. De Funes a Mitre”, en *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos...*, *op. cit.*, pp. 113-139.

Colombres Mármol, Eduardo, *San Martín y Bolívar en la Entrevista de Guayaquil a la luz de nuevos documentos definitivos*, prólogo de Rómulo Carbia, Buenos Aires, Coni, 1940 [reseñado por José Torre Revello, *Revista Historia de América*, n° 10, 1940].

De la Puente Cangamo, José A., *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*, Lima, Editorial Lumen, 1948.

Guerrero, Carolina, “Los funerales de Simón Bolívar: fundación de un mito en la construcción del patriotismo republicano, 1830, 1842 y 1876”, en Carmen McEvoy (ed.), *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario/Instituto de Historia, 2006, pp. 3-30.

Galván Moreno, Carlos, *San Martín, el Libertador*, Buenos Aires, Claridad, 1950.

Gálvez, José, “El Perú como estado: proyectos políticos independentistas”, en Scarlett O’Phelan Godoy (comp.) *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*, Lima, Instituto Riva Agüero/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001, pp. 319-350.

Gutiérrez, Juan María, *Bosquejo biográfico del general San Martín*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1972.

Halperin Donghi, Tulio, “Imagen argentina de Bolívar. De Funes a Mitre”, en *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Hamnett, Brian, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Hourcade, Eduardo, “Ricardo Rojas hagiógrafo. A propósito del Santo de la Espada”, *Estudios Sociales*, año VIII, n°15, Santa Fe, 1998.

Iturrieta, Elías Pino, *El Divino Bolívar*, Caracas, Alfadiel, 2006.

Lafond de Lurcy, Gabriel, *Voyages autour du monde et naufrages célèbres. Voyages dans les Amériques*, París, Administration de Librairie, 26 rue Notre Dame-des-Victoires, 1843.

Levene, Ricardo, “La carta de San Martín a Bolívar de 29 de agosto de 1822”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vols. xx-xxi, 1947-1948, pp. 552-579.

Lomné, Georges, “La revolución francesa y lo ‘simbólico’ de los ritos bolivarianos”, *Historia Crítica*, n° 5, Universidad de Los Andes, 1991.

Lynch, John, *San Martín. Soldado argentino, héroe Americano*, Barcelona, Crítica, 2009.

Myers, Jorge, “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y la política argentinas”, en Noemí Goldman (comp.), *Nueva Historia Argentina*, vol. III, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 383-445.

Pasquali, Patricia, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Pérez Amuchástegui, Antonio J., *La ‘carta de Lafond’ y la preceptiva historiográfica*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1962.

Prieto, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

Quintero, Inés, *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Venezuela, Santillana/Aguilar, 2008.

Reverend, Alejandro Próspero, *La última enfermedad. Los últimos momentos de vida del Libertador*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, Colección Bicentenario, 2008.

Rojas, Ricardo, *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1947, pp. 861-871 [separata de la *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia, vol. VI, segunda sección, cap. XI].

Sarmiento, Domingo F., *San Martín y Bolívar. Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia*, Valparaíso, Imprenta Europea, 1848.

Rodríguez Jiménez, Pablo, “Cuerpos, honras fúnebres y corazones en la formación de la República colombiana”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n° 38 (2), Universidad Nacional de Colombia, 2011, pp. 155-179.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Vida de San Martín*, Buenos Aires, Nueva Mayoría editorial, 2000.

Resumen / Abstract

El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond

El artículo aborda un tema transitado y polémico de la historiografía hispanoamericana: la imagen de San Martín legada por Gabriel Lafond de Lurcy y las controversias en torno a lo discutido en la entrevista de Guayaquil que mantuvo con Simón Bolívar en 1822. A diferencia de los estudios previos que prestaron atención a la naturaleza real o apócrifa de la carta que incluyó Lafond en su obra publicada en 1843, el artículo explora el rol protagónico que le cupo al propio San Martín en la construcción y preservación de su memoria póstuma en relación con el progresivo rescate de la figura de Bolívar en América y Europa, y en la deliberada pretensión de San Martín de silenciar sus frustradas preferencias monárquicas constitucionales.

Palabras clave: literatura de viajes - historiografías de las independencias - mitologías nacionales

The epistolary exchange between San Martín and Lafond

The article deals with a busy and controversial issue of historiography: the image of San Martín bequeathed by Gabriel Lafond de Lurcy and controversies surrounding discussed in Guayaquil interview he had with Simon Bolívar in 1822. Unlike studies previous who paid attention to the real nature or apocryphal of the letter published Lafond in his work published in 1843, the article explores the leading role that quota to own San Martín in the construction and preservation of his posthumous memory in relation to the progressive rescue the figure of Bolívar in America and Europe, and the deliberate intention of San Martín to silence their preferences frustrated constitutional monarchist.

Keywords: travel literature - historiographies of independence - national mythologies